

Texto publicado en el libro "Un aviso a navegantes", que recoge las obras e intervenciones específicas realizadas en Corea del Sur durante la residencia de Santiago Morilla en el Gyeonggi Creation Center entre los meses de agosto a diciembre de 2011.

MAL DE LA AZOTEA

Fernando Castro Flórez.
(Septiembre de 2010)

No hace falta ser un gladiador para “abandonar toda esperanza” en una época inaugurada por la Gran Demolición (el atentado del WTC adjetivado musicológicamente como “una obra de arte total” wagneriana) y el batacazo financiero (la explosión de la burbuja del turbo-capitalismo y el comienzo de la histerización mediática de los mercados carentes de toda “confianza”) y tampoco podemos pensar, con la que está cayendo, que tras el “Diluvio” tendremos algo equiparable al Arco Iris. Cualquiera que venda un futuro de promesa y reconciliación merece ser aturdido durante horas por alaridos proto-punks. En esta época de estéticas post-productivas o de subjetividades “radicantes”, cuando la diáspora (fundamentalmente socio-económica) es confundida, por los cínicos “relacionales”, con el turismo, sabemos de sobra que el mapa no coincide, de ningún modo, con el territorio. La conexión total, aquello que Heidegger contemplaba como destino fatal de la metafísica en el modo del “dispositivo” (*Gestell*) hoy es parte de un juego de “localizaciones” que no revela otra cosa que la sinonimia entre ubicuidad y dislocación, paranoia y bunkerización absoluta. Santiago Morilla acentúa, con su concepción *expandida* (en el sentido tematizado por Rosalind Krauss para lo “escultórico”) del dibujo lo que llamaríamos “voluntad de extrañamiento” y así, en su proyecto descomunal en el GCC de Corea, implica tanto lo arquitectónico cuanto la dinámica artística procesual, la visión cibernética a través de Google y la inmersión en la imagen que no entrega otra cosa que fragmentariedad, esto es, la lúcida constatación de que no se puede abarcar lo que antaño se denominaba totalidad.

En la época de las neutralizaciones y la despolitización, tal y como diagnosticara a finales de la década de los 20 Carl Schmidt, el paso de la metafísica a la economía pasa por la estética. Los flecos empalagosos del romanticismo, con todo lo que tienen de ideología reaccionaria, no son hoy otra cosa que patéticos cuando lo político deja paso a la tecnocracia. El viaje iniciático, en todos los sentidos, de Santiago Morilla a Corea le coloca en una curiosa posición de antropólogo. Su narración de las cosas que ha visto está marcada por los signos de la inundación. Llegó a ese país el 10 de agosto del 2011 y se puede decir, sin metáforas, que comenzó a nadar y beber en todas direcciones. Su mirada excitada encuentra los rastros de tremendas inundaciones pero también de la novedosa aparición de un OVNI, soporta lluvias inagotables y visita la isla de Jejudo donde aprecia tanto los tanques de agua decorados cuanto a las mujeres buceadoras, soporta seis horas de temporal en un ferry y trata de comer sin grandes trastornos los peces y pulpos crudos que ofrece la gastronomía local. Las mareas hacen que grandes zonas de la costa desaparezcan como si fuera arte de magia justamente en un ambiente en el que lo chamánico no está, ni mucho menos, desterrado. “Agua,

mareas e inundaciones. Continentes –apunta Morilla-, peceras y tanques de agua ornamentados. Contenido fresco en suspensión de placer o letargo”. Tiene un fascinante talento de *storyteller* pero también una curiosidad visual de viajero antiguo, impulsado, indudablemente, por la vertiginosidad de la cultura actual.

Santiago Morilla asume el espacio museístico como si fuera una piscina donde se pueda disfrutar del baño “o simplemente “hacer el muerto” y dejo a flote tan sólo la cabeza que sujeta un flotador chamánico (con forma de zorra, pato u oso)... de alguna extraña manera siento que estoy incluyendo estas historias locales en un –más extenso y público- mapa emocional, que les redime de su oscura inmersión del olvido. Además, qué mejor que un centro de arte para ocultar bajo la línea de flotación el culo pelado de un bañista inocente (calculo que a la altura de las oficinas de administración estarán las partes nobles)”. En su labor de *inmersión contextual*, Santiago Morilla no pasa por alto que en la isla de Daebudo, donde está emplazado el GCC, se estableció durante los 35 años de la invasión japonesa el orfanato Seongan que, en realidad, era un campo de concentración y trabajos forzados. Algunos de los niños que intentaron escapar a nado de esa cruel reclusión no encontraron sino el camino más rápido a la muerte: los cuerpos ahogados reposan en los bosques de las inmediaciones. No hay, ni mucho menos, en el imaginario de Santiago Morilla una voluntad de hacer explícitas las historias de las que se ha nutrido pero tampoco quiere que su pieza sea tratada como un mero efecto “esteticista”, al contrario, deja abierto el sentido pero también condensando narraciones y metáforas que revelan un sustrato inquietante.

Santiago Morilla es uno de esos tipos que se entretiene “recorriendo el tejado”, alguno apostillará porque está “mal de la azotea”. Lo cierto es que obliga al espectador a salir del *White Cube* para estar en un lugar que es el *remate* arquitectónico y, al mismo tiempo, una zona que nos deja a la intemperie. El *estado de excepción* nos convierte a todos en excluidos potenciales, añadiendo a la dimensión del *homo sacer* la de ser perfectos corchos o flotadores. Si en un sepulcro cerca de Paestum un nadador se arroja al mar (última visión para el difunto) nosotros hoy intentamos sacarnos del pantano, a la cómica manera del Barón de Munchausen, tirándonos de los pocos pelos que nos quedan o, directamente, saltamos desde el trampolín a una piscina vacía. La cosa, valga esta perogrullada, está pero que muy cruda y tal vez hasta para fracasar hay que tener un poco de gracia. “Si nos tenemos que hundir –dice con una veta sarcástica netamente hispana-, y de eso se trata esta mierda, que sea con nuestros propios flotadores, con los que aprendimos a nadar”. Morilla nos recuerda que *High watermarks* es un termino *broker* que nombra el tope o techo que una especulación o fondo ha alcanzado pero también el horizonte que no alcanzará nunca. En realidad, lo que ha acontecido es más que sublimador o elevado, abismal y deprimente. Mientras los agentes-filosóficos del Pentágono, encarnados ejemplarmente por Fukuyama, cantaban la canción de cuna del “final de las ideologías” y otros vendían el discurso del choque o del diálogo de civilizaciones, se nos vino encima el Tsunami inesperado. Ya Clinton paró en seco a Bush (padre hay que añadir como si la cosa tuviera algo que ver con la Santísima Trinidad) en un debate al soltarle una frase que todos deberíamos tatuarnos: “Es la economía idiota”.

No hace falta conocer el Dilema del Prisionero para tener clarísimo que el altruismo está no tanto desacreditado cuanto reducido a un problema para diletantes de la ética. Estamos a la deriva más allá del naufragio que contemplaran los *splenetic travellers*, cuando la pulsión turística ha convertido al Gran Tour en una nota pintoresca

custodiada en el discurso arqueológico. Santiago Morilla pasó el tiempo suficiente en Roma para comprobar que el peso de la historia es algo más que una frase hecha y como la única salida de la atmósfera decadente (allí donde la ciudad es menos lugar para la melancolía cuanto parque temático para la regresión infantil) es la astucia y el descaro. De nada sirve el tono nihilista como tampoco podemos proteger nuestras vergüenzas con unas proclamas “políticas” que, en muchos casos, son materializaciones perfectas del radicalismo subvencionado. Sin caer ni en el pseudo-activismo panfletario ni en la ornamentalidad pretendidamente adolescente, Santiago Morilla dibuja y expande figuras y relatos, va más allá de las retóricas actuales de cierto “dibujismo” encontrando un camino propio de enorme fecundidad. Sus trabajos son tan *site specific* cuanto pensados para la *google-globalización*. No hay, a fin de cuentas, un punto de mira privilegiado sino enfoques y posicionamientos, focalizaciones y procesos dislocados, modos de estar dentro del dibujo inmenso o a distancia contemplando algo extraordinario en una computadora. Se trata de impulsarnos a tener un pensamiento (estético) del *afuera*, a tratar de comprender nuestro paisaje aunque sea a partir de una cartografía que no es otra cosa que unas figuras que flotan en lo alto de un espacio expositivo.

“Podemos –escribe en torno a su proyecto en Corea Santiago Morilla- dibujar nuestras propias líneas de flotación, decidir dónde está el nivel de visibilidad y dónde comienza la inmersión, podemos incluso construirnos nuestros propios salvavidas... pero también podemos incluir nuevos marcadores en la cartografía global, como si de un antiguo mapa ilustrado con nuevos tesoros y peligros se tratara”. Si en la azotea de la Academia de España en Roma, pintó un enorme sujeto disfrazado de pájaro (alegorizando tanto la danza hipnótica de los pájaros cuanto el fracaso de Ícaro, los sermones de San Francisco a los seres que son capaces de volar o crucifixión invertida de San Pedro), en los edificios del GCC parece que ha sedimentado a personajes que más que flotar dormitan en las aguas. No parece que estén especialmente angustiados aunque tienen el agua al cuello y de ahí no pueden pasar los infantiles flotadores que han terminado por convertirse en ridículos tocados. De nada serviría citar el sentimiento oceánico freudiano de sus consideraciones en torno al malestar cultural porque estos enormes personajes no tocan fondo ni con ancla. Ahí vemos sus rostros carentes de pathos y sus extremidades o pies que salen primorosamente del líquido elemento. Y, a pesar, de lo complaciente de las escenas gigantomáquicas, da la impresión de que hay un repliegue irónico, un guiño de complicidad que nos advierte de que esos flotadores están a punto de ser tragados por pesadillas que tienen el realismo de lo que nos pasa en plena vigilia.

Noemí de Haro García ha apuntado que las intervenciones artísticas de Santiago Morilla ponen de manifiesto un contexto plagado de referencias, con una gran penetración conceptual: “El extrañamiento estético hace aflorar así, de un modo contundente e inmediato, una parte del potencial significativo y emocional de una estructura cotidiana”. En Corea, el país con la conexión a Internet más rápida del mundo, Santiago Morilla toma la decisión, aparentemente demencial, de ejecutar unos dibujos monumentales, vale decir, trasladando lo íntimo a lo inmenso, por emplear una conocida cuestión abordada por Bachelard en su *Poética del espacio*. Cuando el imaginario filmico propone una suerte de Apocalipsis (patético) New Age, en las versiones bodriosas e hiper-estétizadas de *El árbol de la vida* (Terence Malick) y *Melancholia* (Lars von Traer), conviene trazar una línea de resistencia que evite que nos transformemos en “hombres póstumos”, perfectos maestros del epigonismo que solamente contemplamos el Acontecimiento como una modalidad metafísica del

milagro. El límite del paisaje marca un punto de no retorno: carecemos de canción de la tierra. La “acumulación flexible” ha terminado por revelarse como el robo generalizado de los especuladores que tenían una red inesperada: el Estado ultra-liberal que acudiría a la carrera a “premiar” la incompetencia y el delito financiero. Las “marcas de agua” de los billetes no impiden las falsificaciones sino que confirman que tenemos que nadar en medio de tsunamis de mentiras de toda índole. José Luis Corazón habló, con enorme lucidez, de la intervención “El accidente de la pintura” en la Academia de Roma como un “aviso para navegantes”. Si no hay viento, habrá que remar. Cuando la cibernética nos ofrece toneladas de amigos para perder el tiempo en La Red Social (chismorreos con cualidades opiáceas), tenemos, tal vez, que aprender a dibujar trayectos *diferentes* a los trillados, inventando mapas o retocando los existentes. Si Santiago Morilla nombra a Google Earth como una “conexión pseud-divina” tiene la certeza absoluta de que ahí tenemos que hacer una travesía por la trama de “farsa”, ese segundo modo de repetirse la historia que, como advirtiera Marx, en su manifestación primigenia era trágica. Puede que necesitemos más que flotadores infantiles (restos penosos que la nostalgia no supo entregar al camión de la basura y que pretendemos impunemente volver a usar como si tal cosa) alguna cita aunque sea tremendamente viejuna: “Todo lo que es sólido se disuelve en el aire”. El post-paisaje (una de serie de pinturas descomunales transferidas desde dibujos) trans-limítrofe (planificado para ser contemplado tanto en su emplazamiento cuanto en la distancia disuasoria de Internet) de Santiago Morilla es una *heterotopía* (recordemos la consideración de Foucault de que si el siglo XIX está obsesionado por la historia la época actual sería la de la vida en el tiempo simultáneo, “de la yuxtaposición, de lo cercano y lo lejano, de lo contiguo y de lo disperso”) que nos lanza una invitación cómplice a flotar en la azotea, allí también podremos recordar un mundo que hace tiempo que se evaporó.